980.

COMEDIA FAMOSA.

EL DESAFIO DE CARLOS V.

DE D. FRANCISCO DE ROXAS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Carlos Quinto.
El Rey de Ungría.
Soliman, Gran Turco.
El Duque de Alba.
El Marques del Basto.
Juan Sepusio.
Abraymo.
Don Luis de la Cueva.
Busca ruido.
Doña Leonor.
Luna.
Mari Bernardo.

JORNADA PRIMERA.

Sale Leonor con mascara, y tras de ella D. Luis de la Cueva.

Luis. COpia de la luz primera,
tú, que con seguridad
del cuerpo de la Ciudad
me has sacado á esta Rivera;
y con el cubierto velo
que disfraza tu blancura,
eclipsas tanta hermosura,
y rebozas tanto Cielo:
puesto que ya te he seguido,
y de Viena me has sacado,
dime, pues soy tu llamado,
si vengo á ser tu escogido?
No es el que me trae tu ardor,
que aunque te sigo, deidad,
vengo de curiosidad,
y no he venido de amor:
y aun viniera amoroso
á adorar tu rostro puro;
ni tan facil te aseguro,
ni á mi me hallo tan dichoso.
Si es desafio, me di,
pues al campo hemos llegado?
dime, por qué me has buscado,
y á qué me has traido aqui?
Ya escuch · tu voz intento,
y tu belleza adorar.
Leon. A un tiempo te quiero dar
la voz, y el conocimiento.
Descubrese.
Luis. Divina prenda Leonora,
cómo á buscarme has venido?
Leon. Diré lo que ha sucedido,
si me estás atento ahora.
Luis. No me llegas á abrazar?
Leon. Primero referirte intento,
que cae mejor el contento,
quando intervino el pesar.
Luis. Cómo de Liens has venido,
tu patria, á buscarme aqui?
no está sitiada? *Leon.* Si;
oye lo que ha sucedido,
y no intentes divertirte,
que ahora quiero contarte
desde el principio de amarte,

31.245

hasta el fin de persuadirte.
Era una hermosa mañana,
quando las sombras lúgubres,
huyendo del gran Planeta,
al Poniente se conducen,
y el Alba que le aposenta,
borda de perlas las cumbres,
ó ya luciente las ria,
ó fatigada las sude:
quando yo sobre un caballo,
que de hipógrifo presume,
pues sin ajarlas, las piso
de flores la muchedumbre:
salí á ensayarme en la guerra
con la caza, imagen util,
donde el corazon se anima,
y donde el valor se infunde.
Tras el cerdoso animal,
que precipitado sube
el abrigo espeso y grave
de los podos y acebuches,
con el venablo corria:
quándo este impulso luce?
que como siempre con Venus
los ensayos de amor tuve,
al diferenciar los pasos,
me reduce á la costumbre.
No bien vibraba el venablo,
para que el brazo le pulse
á dar diluvios de sangre,
que el campo sediento ocupe,
quando un clarin por el ayre,
ó me para, ó me confunde;
que las lisonjas de Marte,
son de Venus pesadumbre.
Vuelvo á exâminar la causa,
y advierto que se descubren
de caballos Españoles
dos Tropas que el campo pulen
para que galán se vista
de Centauros Andaluces.
Tú en todos, de mas gallardo,
con haber tantos, presumes;
que no por la competencia
el mérito se desluce.
Mirasteme atentamente,
solté á tus ojos mis luces,
elevóse mi pasion
(todo al valor se reduce)
eclipses mi honor padece,
bolcanes mi pecho incluye:
y aunque el confesarlo, es
gran baxeza de mi lustre,
no ande hipócrita el cuidado,
quando dos almas se unen,
porque faltará al amor
quien á la materia acude.
Suviste con tus Soldados
á Viena, donde puse
en tu presencia estos linces
racionales, que confunden
la vida, y la muerte á un tiempo;
pues quando por ellos triunfen,
basiliscos de sí propios,
á sí propios se destruyen.
Volviste, pues, de Viena,
y con afectos comunes;
pues siempre es vulgar entrada
la que el amor introduce,
me obligaste cariñoso,
mi honor á tu pecho expuse,
como muger te creí,
encendióse aquella lumbre,
que aun despues de hecha cenizas
constante en el alma luce,
y escuché tu voluntad;
que siempre el mérito suple
las circunstancias del trato,
y con nuevas inquietudes
quedamos los dos á un tiempo,
tú puesto á las servidumbres,
yo al premio de tus cuidados:
fuiste á Viena, y yo fuime
á Liens mi patria, y los dos

en ese monte que escupe
por tantas bocas de piedra
cristales que el campo usurpe
nos hemos visto mil veces;
y porque el amor le ayude,
de los mas finos afectos
fingimos ingratitudes.
Seis dias ha que no te he visto,
seis dias ha que el Cielo cubre
de Genizaros y Turcos
esos campos, y esas cumbres;
y aunque te he venido á ver
á un riesgo grande me expuse,
y por la senda encubierta,
que aquella montaña cubre,
sin que yo misma me hallase
hice que á los Turcos burle
ese Pegaso de nieve,
emulacion de las nubes.
Liens, mi patria, está cercada;
viento, que en las hojas cruge;
rosa, que es joya del prado;
ave, que el viento discurre;
arbol, garzota en la selva;
clavel, del Alba presume;
Clicie, que al Sol enamora;
cristal, que las peñas bruñe:
este no queda en el campo,
sin que enemigos le chupen;
arbol, sin que le destronquen;
ave, sin que la atribulen;
rosa, sin que la marchiten,
ni Clicie, sin que la turben;
clavel, sin que le deshojen;
ni viento, sin que le ocupen.
Quinientos mil combatientes
trae Solimán, y presume
asaltar, si Liens le falta,
esas murallas azules.
Flechas dispara, que al viento
sus corbos arcos sacuden,
al caer en la Ciudad,
tan espesas se conducen,
que parece quando llegan,
que las arrojan las nubes.
Tormentas padece Liens:
no hay pecho que no se turbe;
ánimo que no se encoja,
necedad que no caduque,
consejo que no se yerre,
discordia que no se junte,
suspiro que no sea pena,
pena que no se articule.
El Infante entre los brazos,
bien que la madre le arrulle,
sin saber por lo que llora,
llora mas que por costumbre.
El Soldado duda el bien,
desmayos el llanto induce,
el valor apenas se halla,
la queja á los Cielos sube;
y en fin, ánimo, consejo,
mocedad, discordia inutil,
suspiro, pena, cuidado,
llanto, que el dolor resume,
ni unos al trabajo anhelan,
ni otros al alivio sufren.
Pues cómo, dime, Don Luis,
es bien que á este tiempo uses
de la esquivez y del miedo?
Cómo Soldado no acudes
á libertar á tu dama?
Y cómo amante se sufre,
que yo esté cercada en Liens,
y tú en Viena te ocupes
en reperir el cuidado,
sin que tus afectos hurten
para el amor una parte
de la que el ocio introduce?
Que yo te venga á buscar,
permiteme que te culpe;
que á quien habla con razon,
qualquier despejo se sufre:
te solicite y te busque,

y que tú siendo mi amante,
ó me olvides, ó me burles.
Ea, Don Luis, vuelve en ti,
tu brazo la pica empuñe,
el coselete en tu pecho
al Otomano deslumbre;
digiere aquel hierro ardiente
que el tiro de bronce escupe,
y sean para sus balas
tus entrañas abestruces.
En Liens está el enemigo,
violetas y almoraduxes,
que hermoseó el Abril,
vuelven sus plantas Octubre.
Ya no vuelvo por mi parte,
la tuya es quien mas me induce,
pues can es el Otomano,
herido del hierro ahulle;
sea tu brazo el instrumento
que la pica al pecho pulse:
mueran estos enemigos,
mares de sangre fluctuen,
que de sus cobardes venas
tantos corales inunden;
para sepultar sus cuerpos,
sean las ramas atahudes,
el sepulcro sean las grutas,
y el mauseolo esas cumbres.
Y el Cielo quiera tambien
que mi amor del tuyo triunfe,
que pagues de esta constancia,
que esas asperezas mudes,
porque te adore Soldado,
porque valiente te ayude,
para que te sirva amante,
y mi dueño te pronuncie.

Luis. Bellísima Leonor mia,
en quien mi amor se recrea,
bello objeto de mi idea,
recreo hermoso del dia:
confieso que apetecia
tu amor, escollo, y diamante,
pero hoy mas fino y constante
me haces que exceder intente,
mas tu enojo en lo valiente,
que tu fineza en lo amante.
Tu esfuerzo á un tiempo, y tu amor,
tu zelo y tu fé asegura;
mezclado con la hermosura,
qué bien parece el valor?
este cobarde temor
es un honroso cuidado,
que el pecho tuvo parado,
pues en accion semejante,
no sabrá ser buen amante
quien no supo ser Soldado.
Fernando, que es Rey de Ungría,
ó con recelo, o con pena,
á socorrer á Viena,
de Ratisbona me envia:
mira bien si no seria,
aunque tu favor me llama,
accion que eclipse mi fama,
contra la debida ley,
ser cobarde con mi Rey,
y valiente con mi dama.
Si á Liens voy á socorrerte,
y dexo á Viena en rigor,
por dar la vida á mi amor,
le doy á mi honor la muerte:
y aunque llegue á merecerte,
podrá tanto la pasion,
que dirás entre la union
que el fuego á dos pechos llama,
cómo acudirá á su dama
quien falta á su obligacion?
Cómo tus ojos no ven
(pues en el riesgo reparas)
que tú misma condenaras
lo que á ti te estaba bien?
pues estén á un tiempo, estén,
entre recelo y dolor,
para unir con mas primor
dos penas con una gloria,

y este amor en tu memoria,
y esta sangre en mi valor.
Leon. Repara Don Luis, repara,
aunque al daño me apercibo,
que te agradezco lo esquivo,
y lo amante te culpara:
necia fuera, si ignorara
que tu fama es honra mia,
y con bizarra osadía
quisiera, ó con mas ardor,
lo que me sobra de amor,
darlelo de valentía.
Pero eres tan arrogante,
que entre mi propia he pensado
que te sobra mas de osado,
que á mi me sobra de amante,
aunque es mi amor tan gigante.
Luis. Dexa afectos tan agenos,
que aunque te parecen buenos,
el crédito perderás,
pues yo le tengo por mas,
y puede ser que sea menos.
Leon. Pues á Liens quiero volverme.
Luis. A Viena he de volver,
aunque es preciso temer
que he de perderte, y perderme.
Leon. Si el recelarme es quererme,
yo no quiero esa firmeza.
Luis. No la llamarás fineza?
Leon. Qué temes, pues? *Luis.* Un rigor.
Leon. De qué nace? *Luis.* De un temor.
Leon. Qué ignorancia!
Luis. Qué terneza!
Leon. Vence ese engaño mortal,
no mueras de prevenido,
suelta la rienda al olvido,
dexa el sentir para el mal:
sabe moderarte igual,
reprime el discurso sabio,
la voz prende con el labio;
pues si das en tu eleccion
la queja á la presuncion,
qué dexas para el agravio?
Luis. Aunque me arguyas de error
en ese mal que me apura,
lo que faltó á mi cordura,
ha sobrado á aqueste amor;
unos zelos, ó un rigor,
el alma llorando está:
y mas constancia será,
mas valor, mas interes,
por no llorarle despues
tenerle sentido ya.
Condene su infeliz suerte,
quien con alma divertida
no se muere mas en vida,
que se vive hasta la muerte:
porque la muerte divierte
tanto el mismo pensamiento
dentro del entendimiento,
que ya de puro sentir,
el empezar á morir,
es acabar el tormento.
Y asi doy á mi cuidado
la pena antes del suceso,
pues mitigaré con eso
un daño que he recelado
vivo, pues considerado,
porqué quando quiera obrar
este mal que ha de llegar,
ó este amoroso recelo,
pasa plaza de consuelo,
lo que ahora de pesar.
Leon. Quedate, invencible Marte.
Luis. Ungara Palas, á Dios.
Leon. Seamos eternos los dos.
Luis. Yo en servirte.
Leon. Yo en amarte: *suena un clarin.*
mas qué clarin á esta parte
turba las aves y vientos,
y altera los Elementos?
Luis. Soldados de Solimán,
el campo corriendo están,
ó de ayrados, ó de hambrientos.

Salen Buscaruido, y Mari Bernardo vestido de hombre y muger.

Busc. Yo he de hablar, aunque no quiera.
Mar. No sino yo. *Busc.* Yo he de ser.
Luis. Tened, refrenad las lenguas;
habla, Buscaruido, tú.
Mar. Que esto mi rabia consienta!
Leon. Luego hable Mari Bernardo.
Busc. Hablo con vuestra licencia:
Preguntabades, Señora,
(si no es que el oido mienta)
quién somos? y ya lo digo,
estadme un poquito atenta.
Yo, señora, soy Soldado,
pluguiera á Dios no lo fuera,
Español, por mi fortuna,
y Gallego con licencia.
Por mandado de mi suerte
vine á servir á Viena,
para dar honor á todos
los Lacayos de mi tierra.
Pero hallé aquesta muger,
ó este macho de la legua,
Hermofrodita compuesto
de las dos naturalezas
para mi persecucion,
pues tengo, señora, en ella,
como un Angel que me guarda,
un demonio que me tienta.
Esta, pues, Hermafrodita,
de tal manera me inquieta,
que todo quanto hago quiere
hacer lo mismo por fuerza.
Si con alguno peleo,
ella riñe mi prudencia;
si callo, no habla palabra;
y si empiezo á hablar empieza.
Si cuento algun cuento á alguno,
quatrocientos cuentos cuenta;
y hace quanto me ve hacer,
que quiera, ó que no quiera.
El otro dia me fui
(por ver si acaso nadaba)
á nadar en el Invierno:
y por porfia, ó por tema,
antes que yo me arrojase,
ya estaba nadando ella.
Si rio se está riendo,
sin saber de qué, hora y media;
si lloro, es un Jeremías,
y si canto, una sirena.
Cayóse un dia un caldero,
en un pozo de Viena;
y porque baxé á sacarle,
atado á una soga recia,
se arrojó al pozo tras mí;
y esto con tanta violencia,
que á no estar fuerte la soga,
y estar de arriba muy cerca,
como otros la hacen cerrada,
la hubieramos hecho abierta.
Si me quiero recoger
á mi tienda, no me dexa;
que la temo por lo macho,
con tener tanto de hembra.
En fin, aqueste demonio,
hecho de dos diferencias,
es la mona, y yo la maza;
y es mona de dos maneras,
porque imita quanto hago,
y porque tras sí me lleva.
Yo me llamo Buscaruido,
y ella los ruidos conserva;
que en el imitar, no quiere
dexar mi nombre siquiera.
Es la Clicie que me sigue;
la sombra que no me dexa;
es el Pintor que me copia;
que me traslada el Poeta;
Traducidor, que me escribe;
Autor, que me repesenta;
y es Mari Bernardo en fin,
nombre de varon y hembra,
muy muger en porfiar,

y muy hombre en la experiencia.
En quanto á lo que he venido::
Mar. Vive Dios, no lo consienta,
basta que ha un hora que habla:
señor, aquestas trompetas,
los militares estruendos,
que en estos concavos suenan::
Busc. Es que llega Carlos Quinto.
Mar. Dice bien, que Carlos llega
con muchos Soldados nobles,
pues vienen a su defensa
el Duque de Alba Toledo.
Busc. Viene tambien el de Bejar.
Mar. Es verdad, con el del Basto,
y el grande Antonio de Leyva,
á quien llaman el Señor
tanta Española Nobleza.
Busc. El Conde de Monterey.
Mar. El de Fuentes, y el de Niebla.
Busc. Que nunca me contradiga,
y que siempre aquello aprueba
que yo digo, sin saber
que mentira, ó verdad sea!
El Marques de Cogolludo.
Mar. Con D. Diego de la Cueva,
del gran Duque de Alburquerque,
altiva rama, aunque tierna.
Luis. Pues ya Don Fernando, Rey
de Ungria, abriendo las puertas
de esa Ciudad, que á los Cielos
eternidades apresta,
á recibir á su hermano
Carlos Quinto el paso alienta.
Ya hace salva la Ciudad,
las arrugadas banderas,
desplegadas á los ayres,
impiden la luz Febea. (vo.
Leon. Pues á Dios, que á Liens me vuel-
Luis. Mira que temo. *Leon.* No temas;
vuelvate el Cielo á mis ojos. *vas.*
Luis. Mi amor á tu amor me vuelva.
Busc. O que de clarines se oyen!
Mar. Es verdad, clarines suenan.
Busc. No suenan. *Mar.* Dice muy bien.
Busc. O si una bala viniera!
Mar. O si viniera una bala!
Busc. Porque la muerte me diera.
Mar. Porque me matára á mi.
Busc. Que en esto tambien aprueba!
Monacillo del Infierno,
como yo sin ti me vea,
vengame una bala á mi,
y un tiro de bronce venga. *vans.*

Sale el Emperador, el Rey, el Duque de Alba y el del Basto.

Carl. Gracias á Dios, Duque de Alba,
que ya he llegado á Viena.
Rey. Deme vuestra Magestad
los brazos. *Carl.* En hora buena,
hermano Fernando, amigo,
venido á mis brazos seas:
cómo vuestra Alteza se halla
en Viena? *Rey.* Señor, las guerras
me traen con poco sosiego:
Soliman tala mis tierras,
á Griti tiene ganada,
y de Liens la fortaleza,
cercada yá y destruída,
su ruina cercana espera.
Carl. Antes que yo le responda,
deseo que vuestra Alteza
abraze al Gran Duque de Alba.
Rey. Alba, que la luz ostenta
del Sol que alumbra dos Mundos,
y es de Alemania planeta,
vengais á Ungria en buen hora,
y vuestros alientos vengan,
con la espada y el consejo,
á hacer nuevas experiencias.
Duq. Rey Fernando, Rey de Ungria,
hoy que mis años pudieran
recogerse á los consejos,
se arrojan á la violencia.
A esta que á mi lado yace,

ó bien sepultada, ó muerta,
como es leona la ira,
la resucita, ó la altera.
No hay para mi espada alhago
como el son de la trompeta,
que en el yelo de mis años
tocan á fuego mis venas.
Vos sois hermano de Carlos,
Carlos, que la Fé conserva,
y sobre los hombros suyos
tiene la Romana Iglesia:
yo tambien soy su Coluna,
y aunque son pocas mis fuerzas,
no se arruina el edificio
por ser anciana la piedra;
que los puntales antiguos
son los que mejor sustentan:
yo os prometo Rey Fernando,
hacer en vuestra defensa,
tantos estragos y muertes
en las Esquadras Turquesas,
que nade en coral el campo,
y las blancas azucenas,
con la púrpura bañada,
rosas deshojadas sean:
no ha de quedarme enemigo.
Yo me enojé, vuestra Alteza
me perdone, que en llegando
á tratar de esta materia,
aunque intente reprimirme,
no está en mi ingenio la lengua.
Rey. Vos sois un grande Soldado.
Carl. Marques del Basto, ya es fuerza
que hableis á mi hermano el Rey.
Marq. Deme á besar vuestra Alteza
su mano. *Rey.* Mis brazos son
de mi amor la mejor prenda.
Vuestra Magestad, señor,
hable á Don Luis de la Cueva,
segundo hijo de Alburquerque:
un mes ha que está en Viena,
es gran Soldado, y valiente.
Luis. Siendo tu vasallo, es fuerza
que con el nombre de tuyo,
mayores alientos tenga.
Carl. Quiero mucho á vuestro Padre,
por el blason, y la deuda
con que acude á mi servicio.
Luis. Ruego á los Cielos, que veas
de la gran Ciudad de Dios
restauradas las fronteras.
Carl. Ola, llegad dos sillas;
esta gota no me dexa.
Luis. Sientese tu Magestad.
Carl. Y mi hermano no se sienta?
Rey. Por obedeceros lo hago,
aunque vuestro hermano sea,
que en la presencia del Sol,
nunca lucen las Estrellas.
Sientase.
Carl. Rey Fernando, hermano mio:
Duque de Alba, á quien confiesa
mucho aplauso mi Corona,
mi Cetro mucha grandeza:
Marqués del Basto, mi amigo,
nombre que os debe mi lengua,
pues en mi servicio disteis
muestras de tanta fineza,
hacedme todos un gusto.
Rey. Dinos, señor, lo que ordenas.
Carl. Que me esteis los quatro atentos.
Duq. La atencion es la obediencia.
Carl. Por muerte del Rey Luis,
de Ungría mayor Cabeza,
que dexó el Reyno, por ser
vasallo en mejor esfera,
hubo sobre la Corona,
sin razon, gran competencia
entre Fernando mi hermano,
y Juan Sepusio, que intenta
alegar que el Reyno es suyo;
pero informaros desea
en las hojas del acero
con tinta de sangre nuestra.

Era el Reyno de mi hermano
por derecho: esta materia
quiero olvidar, porque ya
no es tiempo de hablar con ella;
porque si no le tocara
ni yo se lo permitiera,
ni á él aspirara mi hermano,
ni hubiera habido estas guerras,
ni este riesgo en que nos vemos,
que está el Mundo de manera,
que al mas poderoso Rey,
aunque mas Soldados tenga,
basta el conservar sus Reynos,
sin que otros Reynos pretenda.
Hubo Grandes en Ungría,
pero la fortuna adversa
le retiró á Juan Sepusio,
y coronado en Viena
quedó Fernando mi hermano:
la Divina Providencia
miró en esto lo mejor,
como piadosa y perfecta.
Juan Sepusio retirado,
ampararse errado intenta
del Gran Turco Solimán;
y sin razon, ni prudencia;
á costa de tantas vidas,
comprar tan poca defensa.
Admitióla Solimán,
es bárbaro, y no es fineza,
sino codicia engañosa;
como si cierto no fuera,
que al error y á la codicia
los guia una propia rienda.
Con quinientos mil Soldados
viene á sitiar á Viena,
y á Liens tiene yá cercada:
si sus banderas despliega,
dicen que se cubre el Cielo;
y está á la sombra la tierra:
y en parte, en parte presumo
que es merced de Dios aquesta,
que como ahora es Verano,
y la sed es tan inmensa,
y el calor tan excesivo,
hacen sombra las banderas;
con que viene á ser alivio
lo que piensa que es ofensa.
Yo, que en Ratisbona supe
de esta no pensada guerra,
he escrito á España y á Roma,
á Flandes, y á Inglaterra,
para que todos me ayuden:
dicen que Francia desea;
pero no apuremos esto,
porque será baxa empresa
á un Rey Christiano, faltar
á su heredera nobleza;
y no puedo yo creer
de un Rey de tan altas prendas,
que se pierda á sí un blason,
por hacerme una ofensa.
En fin, yo he venido ya,
poco importa que defienda
Solimán á Juan Sepusio,
y que ponerle pretenda
la Corona de mi hermano,
porque hoy, Soldados, es fuerza
que Dios, como causa suya,
piadoso vuelva por ella.
Pelearemos Dios, y yo:
que como él conmigo venga,
no habrá mejores Soldados
en los Cielos, ni en la Tierra.
El Marques del Basto traxo
doce mil rayos que engendra
el Solar de los valientes,
la España, que de las Letras,
y de las Armas, á un tiempo
admite dos competencias:
y con ser tantos Soldados,
como el valor los inquieta,
vencen mas de valerosos,
que de tener experiencia.

Tengo treinta mil Infantes,
hoy he de hacer la reseña,
porque treinta mil Caballos
de la nobleza Tudesca,
el Palatino del Rhin
los solicita y conserva;
la flor de la Christiandad
a mis órdenes espera.
Amigos, este es el dia
que mas importa á la Iglesia:
si hoy vencemos al contrario,
la Fé Christiana se aumenta:
si somos vencidos, hoy
tuvo fin nuestra Ley cierta,
pues de poder á poder
la batalla se presenta.
El Turco tendrá la Ungría,
el Holandés á Bruselas,
el Rebelde la Alemania,
y de Lutero la Secta,
como el Hercules, la falsa
hidra, hallará otras cabezas.
Ea, amigos, la concordia
arda en vuestras nobles venas;
el valor en vuestros pechos,
la espada en vuestra defensa.
Muchos son los enemigos,
y aunque en número os excedan,
exército es la razon,
y si se desboca es fiera,
que instigada del apremio,
corre con el Sol parejas.
El zelo de nuestra Fé,
en vosotros reverdezca;
no hagais nada de enojados,
hacedlo de conveniencia:
no haya civiles discordias
en vosotros, porque tenga
el Otomano temores,
el Luterano advertencias,
el valor noble acogida,
la piedad senda perfecta,
el perdon cierto seguro,
premio el zelo de la Iglesia.
Que yo os prometo, Soldados,
oponerme á la dureza
del plomo, grosero bruto,
que vida y honra atropella.
Yo, como el menor Soldado
de quantos la pica juegan,
expuesto al riesgo mayor,
haré del pecho trinchera.
Si sus plantas racionales
á esotras plantas apuestan,
segad con vuestras espadas
frutos de menor cosecha.
Con todos hablo, Soldados;
todo mi exército atienda: *tocan.*
mas de repente la caxa
y el clarin el viento altera:
qué es esto, Soldados mios?

Levantanse, y sale Busca ruido.

Busc. Por esa campaña amena,
que hoy se adornó de tapetes,
ó ya de alfombras Turquescas,
Solimán el gran Señor,
desde Liens llega á Viena,
y con bandera de paz,
él y Juan Sepusio llegan
á pedir al Rey Fernando
parlamento; esta es la nueva:
pide, baxen tres personas,
los que elija vuestra Alteza;
y es, que aun no sabe el Gran Turco
que el César llegó á Viena.
El parlamento ha de ser
entre los dos Campos. *Carl.* Ea,
Fernando, yo he de baxar;
Don Luis de la Cueva venga,
y el Duque de Alba se quede
á la vista. *Duq.* Vuestra Alteza
puede baxar solamente,
y Don Luis. *Carl.* Nadie pretenda
interrumpir licencioso

lo que mi valor ordena,
que me enojaré, por Dios,
aunque mas amigo sea.
Ea, Fernando, baxemos,
que en medio de las trincheras
de los dos Campos, presumo
que el Gran Solimán espera:
hermano, lo que resuelvo
es, que Soliman se vuelva.
Rey. Y el exceso? *Carl.* Son cobardes.
Rey. Y no habrá otra conveniencia?
Carl. Si habrá. *Rey.* Que?
Carl. Dar la batalla. *vas.*
Rey. Tu mandato es mi obediencia.
Duq. Qué prudencia! *Mar.* Qué valor!
Duq. Mudo su valor me dexa.
Busc. Ea perros, Buscaruido,
buscar vuestro ruido intenta,
que hoy mi tizona ha de ser
colada en la sangre vuestra. *vas.*
Salen Juan Sepusio, Luna y Solimán.
Sol. Hagan alto mis fuertes batallones,
para arbolar al Cielo sus pendones,
del monte en esa espalda,
á quien corona el Mayo de guirnalda;
al impulso fatal del plomo ardiente,
el concabo metal cruja, ó rebiente.
Esta es Viena, amigos,
todos sereis de mi valor testigos,
si con esfuerzo, ó con ardor gigante
escalo esas murallas de diamante,
tan altas, que qualquiera de ellas sube
á embarazar lo denso de la nube.
Aqui hemos de esperar el parlamento,
solo que entreguen á Viena intento;
quinientos mil Soldados
ocupan esta selva y estos prados,
de la sed afligidos,
siempre cansados, pero no rendidos.
Baxa al mar un arroyo lisongero,
y aunque corre ligero,
hidrópico y sediento aquel Soldado,
le sorbe su cristal comunicado,
con fuego tan ardiente,
que le quiere parar aquel corriente,
y si algo se le huye, por ligero,
se lo ayuda á beber su compañero:
y aquel Soldado, que rendido yace,
sube á buscar la parte donde nace, (do,
y halla que es una roca que ha enfermaque por ser Primavera se ha sangrado:
pone el labio á su sangre cristalina,
y al nativo licor tanto se inclina,
tan avaro á beberle se provoca,
que sobre los fragmentos de la roca,
y el otro abaxo está tan divertido,
que sin echar de ver lo que ha bebido,
como le falta el curso de la nieve,
la ruda arena, por cristales bebe:
si á este enojo su sed les abalanza,
qué harán, si les incita la venganza?
Quando el ruidoso parche
manda que al campo marche,
sale tanto soldado,
que parece que Marte ha granizado;
y si el bélico son de la trompeta
sus ánimos inquieta,
de ardor, ú de corage,
consiente que su azero el arbol taje:
siega la flor, y pisa la berbena,
destroncada á sus manos la azucena,
degollada la rosa,
de su fuego es fragante mariposa:
muere la yerva, quando apenas nace,
bruta es su ira, pues las flores pace:
si á este enojo el valor los abalanza,
qué harán, si les incita la venganza?
Juan Sepusio, mi amigo, hoy es el dia,
que has de cobrar el Cerro de la Ungría
que el Rey Fernando te ha tiranizado:
veamos si con tu espada, y con mi lado,
ay cōpetencia humana que lo estorbe,
aunque ampararle intēte todo el Orbe.
Juan Sep. En tu valor fiado,

á esta vengánza aspiro;
mi Exército vencido y derrotado,
no permitió la queja, ni al suspiro
en ruina tan sangrienta,
porque nunca el que huye se lamenta.
En ti mi honor estriva;
asi tu nombre viva,
por mas blason, mas gloria,
vinculado en la fama, y la memoria,
que á mis sienes restaures este Imperio,
sacale del tirano cautiverio
de Fernando tirano,
Reyno es mio, Monarca soberano:
y aunque mio (con esto me concluyo)
Reyno que tú me das, es Reyno tuyo.
Lun. Señor, si á Luna aclamas
gran matrona,
muger que de virtudes se corona;
si merecen mi amor y tu fineza,
ser Aguila del Sol de tu grandeza,
pido que á Juan Sepusio (ó grã Monarca
de quanto ciñe el mar, la tierra abarca!)
restituyas el Reyno que ha perdido,
que es blason á su ruego merecido:
y porque aqueste ruego satisfagas,
hazlo por mí, ya que por él no lo hagas.
Sol. Por ti, Luna, por ti, señora mia,
hermosa luz, donde se esconde el dia,
con mas rigor, y con mayor desvelo,
el muro escalaré del quarto Cielo,
y su luciente máquina sujeta,
de Rey he de pasar á ser Planeta;
el campo se ha de ver en sangre tinto:
ó si viniera á Ungría Carlos Quinto!

Sale Abraymo y Leonor cautiva.

Abray. Dale á besar, Gran Señor,
á Abraymo tu pie invicto.
Sol. Gran coluna de mi Imperio,
mis dos brazos te apercibo;
qué muger es la que traes?
Abray. Sin discursos mas prolijos
te diré en breves palabras
muchos ardimientos mios.
Salí de Liens á Viena,
con dos mil Turcos, que han sido
la señal de la victoria,
pues dieron sangre á este rio.
En un Quartel de Españoles
representé el valor mio;
fue teatro la campaña,
los oyentes esos riscos.
Del descuido me aprovecho,
y sin cólera y con brio,
lo uno, para el valor,
lo otro, para el castigo;
maté docientos Soldados,
y al instante me retiro,
por no malograr la suerte,
en esos campos vecinos.
Cien Soldados recogí,
que ahi á tus plantas dedico:
esta hermosura que ves,
iba pisando el rocío
de esa margen de azucena,
que ya se llora delirio;
y aunque su espada, y sus rayos
pudieran á un tiempo mismo,
ó embarazarme el valor,
ó elevarme los sentidos;
belleza, Soldados, gloria,
valor, y honra, sacrifico
humilde á tus Reales plantas,
y por lauro el honor mio.
Sol. El premio serán mis brazos,
ó valeroso Abraymo.
Lun. Si del Gran Señor, mi dueño,
son lazos bien merecidos,
á mí me toca de hoy mas,
dar el premio á tus servicios.
Sol. Dime, General, hay nuevas
si ha venido Carlos Quinto?
Abray. Presumo que no ha llegado.
Sol. Quién eres tú, que el rocío
de tus ojos das al campo,

adonde el Abril florido,
bordó de clavel tus labios,
y tu boca de jacintos?
Leon. Una infelice muger.
Abray. Aquesta esclava te pido,
si merezco algun favor.
Sol. Tuya es la esclava. Abraymo:
qué es esto? *Tocan caxas.*
Lun. Si no me engaño,
en ese campo diviso
tres hombres. *Sol.* Serán los tres
que vienen á hablar conmigo;
bien pueden llegar, y tú
te retira al campo mio.
Lun. Haré, señor, lo que mandas. *vas.*
Juan. O quiera el Cielo benigno
que llegue ya mi venganza.
Sol. Aqui te queda Abraymo.
Abray. En medio de los dos campos
estan ya los enemigos.
Salen Carlos Quinto, el Rey, y Don Luis, y el Emperador se queda al paño.
Carl. Llegad vos, Fernando, á hablarle,
que aqui no hay ningun peligro;
yo he de oir á Solimán
desde esta parte escondido.
Sol. Alá te guarde, Fernando,
hermano de Carlos Quinto.
Rey. Guardete Dios, Solimán.
Luis. Cielos, á Leonor he visto, *ap.*
presa en el campo contrario;
á mi fortuna maldigo.
Sol. Don Fernando, yo presumo
se te olvida mi apellido;
yo me nombro el gran Señor,
y Emperador no vencido,
el dueño de dos Esferas,
y de dos Mundos prodigio.
Rey. Y yo soy Rey de Romanos,
y es mi hermano, y no lo he dicho,
Emperador de Alemania,
y azote del enemigo.
Sol. Yo soy solo Emperador
por derecho sucesivo;
no hay quien merezca ese nombre,
sino yo, que le he tenido
por herencia y patrimonio
del gallardo Constantino,
Emperador; vive Alá,
que esto sufra! *Carl.* Esto he sufrido?
Sol. Cómo no viene á Viéna
ese Carlos vengativo?
y cómo, Fernando, os dexa
hoy en tan grandes peligros?
bien hace de no venir.
Carl. Ya no he de poder sufrirlo.
Sol. Que yo lo dixera á Carlos.
Sale Carl. Qué decis de Carlos Quinto?
Sol. Señor, vuestra Magestad?
Carl. Si, Solimán, yo he venido
á defender á mi hermano,
y á ensalzar la Fé de Christo;
esto es lo que debo hacer.
Sol. Helado marmol me animo:
nombrado me daba asombros,
y ahora desmayos visto.
Carl. Solimán, Emperador
generoso, y siempre invicto;
valiente, siendo galan;
sin ser soberbia, atrevido;
sin codicia, poderoso;
y sin avaricia, rico:
señor del Africa y Asia,
horror de Persia y del Indio,
que yo hablo como quien soy,
aunque hablo con mi enemigo:
quereis dexar en su Reyno
á Fernando, hermano mio,
pues os dexo yo en los vuestros?
Sol. Ya no puedo, ya he venido.
Carl. Pues á Dios, gran Solimán. *vas.*
Sol. Pues á Dios, gran Carlos Quinto.
Rey. Juan Sepusio, gran Bayboda,
pues por nosotros ha sido

esta guerra, remitamos
el duelo á nosotros mismos;
quede este Reyno en poder
del que al otro haya vencido;
no por nosotros se pierda,
que es crueldad, sobre delito,
que padezcan dos Monarcas,
lo que nosotros hicimos.
Peleemos en campaña,
los dos Reyes sean padrinos,
y quede con el Imperio
aquel que quedare vivo.
Juan. Yo he traido á Solimán,
y él por mi causa ha venido;
ya esta causa no es mi causa,
esto no está en mi alvedrío.
Rey. Luego no quereis salir?
Juan. Fernando, ya he respondido.
Rey. Por ley de herencia y valor,
viene á ser el Reyno mio.
Juan. Cobrarale Solimán.
Rey. Son los Cielos mas benignos.
Juan. Esto es valor. *Rey.* Es venganza.
Juan. A cobrar mi Cetro aspiro.
Rey. Por tí está la Christiandad
hoy en tan grande peligro.
Juan. Yo defiendo mi derecho.
Rey. Yo he de defender el mio.
Juan. Darame el Cielo victoria.
Rey. Darate el Cielo castigo.

JORNADA SEGUNDA.

Descubrese Carlos Quinto en su Tienda.

Carl. Aqui en mi tienda, aqui en esta ribera,
á donde todo el año es Primavera,
y á donde aquella fuente bulliciosa
busca al mar cristalina Mariposa.
Ahora que la Antorcha mas luciente
se ha apagado en las aguas de Occidente,
y el Lucero de Venus, Diosa bella,
el Cielo va encendiendo Estrella á Estrella.
Ahora que la tierra se ha enlutado,
que el Sol, Planeta ardiente, se ha mareado
en los golfos mayores,
y hasta que vuelve en sí, todo es horrores.
Ahora que la rosa
está acostada en su capilla hermosa,
y Sumiller la Aurora, por divina,
le corre á la mañana la cortina.
Ahora, pues, todos mis Soldados
al sueño se han rendido de cansados,
con devocion, y con piadoso zelo,
quiero dar este rato al claro Cielo.
Carlos habla con vos, Cordero afable,
dadle auxîlios á Carlos, porque os hable;
hoy prevengo á mi brazo aquesta gloria,
y la honra vuestra está en esta victoria;
y aunque la Fé no puede convencerse,

puede, al menos, Señor, obscurecerse.
Ay triste de mí! Ay triste,
que en mi gobierno vuestro honor consiste!
Mi Exército, Señor, está sin paga,
porque se satisfaga,
socorredle primero,
pues vos sois mi seguro tesorero.
Si en el Cielo Divino á vuestro lado,
se amotinó vuestro mayor Soldado,
siendo espíritu puro,
qué hará, pues, el Soldado mal seguro
en aquesta aspereza,
expuesto á la desdicha y la flaqueza?
El dinero de España no ha venido,
el cerco por instantes ha crecido,
y mi Exército crece;
y aunque Carlos, Señor, no lo merece,
merezcalo el que llega satisfecho
á poner el fragil pecho
por la Fé solamente,
mucho mas de Christiano que valiente.
Socorro á mis Soldados, Christo mio,
vos le dareis, Señor, de vos lo fio:
muera el Soldado de la herida fiera,
y de mal socorrido no se muera.
Ya hay socorro, Soldados, Dios le ha dado;
ya ha llegado el socorro.

Sale el Duque de Alba, Buscaruido, y Mari-Bernardo.

Duq. Ya ha llegado.
Carl. Duque de Alba, qué decís?
Duq. Generoso Invicto Carlos,
Monarca de dos Imperios,
y de dos Esferas rayo,
vuestro Exército valiente
sobre la falda alvergado
de esa Ciudad, cuyos muros
de incontrastable peñasco,
tanto suben, que embarazan
la region del ayre vago;
viendose sin paga ayer,
por instantes esperando
la ruina de la hambre,
y de la sed el estrago,
á voces piden socorro:
pero no se amotinaron,
que os deben mucha obediencia
los que son vuestros Soldados.
El socorro, ó la batalla
pedian, que puesto caso
que el bastimento les falte,
de hambrientos, ó encarnizados,
quieren hacer alimento
de corazones contrarios.
Dar la batalla, señor,
era arruinar los Estados,
que vos no buscais el Fuego.

antes bien sois el buscado.
En fin, aquel Substituto
de Dios, que al Cetro Romano
rige, preside, y gobierna
con auxîlios soberanos,
envió á Hypolito de Medicis,
su sobrino, cuyos años
parecen los del consejo,
sin llegar á veinte y quatro;
trae dinero del Papa,
y trae ocho mil caballos,
que á su costa ha de ocupar;
y por Estandarte un Sacro
Divuxo de Christo muerto,
por cuyo abierto costado
viene á dar en sangre suya
socorros mas necesarios.
Gallardo es el Cardenal,
estas cartas me ha entregado
del Pontífice su tio,
el sobre escrito es á Carlos:
la piedad es como suya,
el zelo, como esperamos;
de muy valiente el ardor,
y el brio de gran Soldado.

Carl. Dadme esas cartas al punto:
con qué contento las abro!

Lee. A Carlos Quinto, por la gracia de Dios, Emperador de Alemania, mi obediente hijo, salud.

El título de mis Reynos
juzgo que se le ha olvidado;
mas si me llamó obediente,
y su hijo me ha nombrado,
ser obediente es mas Cetro,
ser su hijo, blason mas alto.

Lee. Para ayudar á V. M. en tan justa guerra, envio á mi sobrino Hypolito de Medicis con ocho mil caballos que á su costa servirán. De limosna he juntado entre mis Eclesiásticos un millon que lleva, espero en Dios que triunfará V. M. de sus enemigos, y á mí me perdonará no poderle ayudar con mas gente. Dios guarde á V. M. para ci[illegible] miento de nuestra Fé Católica. *Clemente.*

O como se echa de ver,
que ordena Dios este caso,
pues con su mayor amigo
me socorre mis trabajos!
Si con Dios Clemente priva,
es evidente, y es claro,
que lo que el Rey no quisiera,
no executara el Privado.
Duque de Alba, cómo haremos
para que sepa el contrario,
que tengo dineros ya?

Duq. El dinero es gran soldado.

Carl. Ahora que ya le tengo,
el Cielo llueva Africanos,
y de Genizaros fuertes
se cubran montes y prados.
A mí me importara ahora
saber el intento estraño
de Solimán, en el cerco;
si ahora hubiera un Soldado,
que aqui me traxera un Turco,
me hiciera un grande agasajo.

Busc. Aqui Busca ruido está,
el que solo anda buscando
el ruido de hacer un hecho,
mas que una nariz sonido.
Yo traeré el Turco, y los Turcos
que se hallaren mas de espacio,
para que yo les obligue
á que vengan á obligaros.
Traeré la Casa de Meca,
todo el linage Otomano,
y el Zancarron de Mahoma,
para echarsele á tus galgos.
Traere::: *Mar.* Tente Busca ruido;
Señor, si yo no le traigo,
es señal que no habrá Turcos
en todo el campo contrario.

Yo traeré el Turco primero,
que me hallare mas á mano,
y traeré, si no le encuentro,
Turco que aun no esté engendrado;
traeré al mismo Solimán.
Busc. El Solimán, he pensado,
que para tu mala cara
no te ha de hacer mucho daño.
Mar. Mientes infame, gallina.
Carl. A vos, Soldado, os encargo,
que traigais aqueste Turco.
Busc. El demonio me ha engañado;
con condicion, que no ha de ir
conmigo Mari Bernardo.
Carl. No vaya nadie con vos.
Mar. Iréme por otro lado,
pues aunque con él no vaya,
lo mismo que él hace hago.
Busc. Yo obedezco. *Mar.* Yo me voy:
pero se ha de ir el bellaco,
sin que yo vaya con él?
Busc. Que el Cielo me haya librado
de aqueste demonio á latere!
Mar. Que lo haya mandado Carlos!
Busc. Aquesta vez me voy solo.
Mar. Esta vez no le acompaño;
mas yo le acompañaré
todo lo que ahora falto.

Salen el Rey y el Marques.

Rey. Está aqui su Magestad?
Duq. Aqui está.
Rey. Señor. *Carl.* Hermano,
qué quereis, Fernando amigo?
qué es esto, Marques del Basto?
Rey. Señor, que Abraymo Turco,
de paz al campo ha llegado;
dice que te quiere hablar.
Carl. Decid que entre, y vos sentaos.
Marq. Llegad valiente Abraymo,
á hablar con el Quinto Carlos.
Sale Abray. Guardete Alá, Carlos V.
Monarca, de cuyo aplauso
el correo de los tiempos
lleva la nueva á los años.
Turbado el pecho le miro
qué severo! qué gallardo!
señor (con temor estoy)
señor (venia este caso
para que la lengua turbe,
y el valor sufra embarazos.)
Perdonareisme, señor,
en lance tan temerario,
la licencia de afligido,
por la obediencia de enviado:
del Gran Turco Solimán
aqueste papel os traigo.
Carl. Para un papel, tan confuso!
para un papel, tan turbado!
dadme el papel. *Abray.* Y la vida
á vuestras manos consagro.
Carl. Algun secreto misterio
este papel ha encerrado:
el corazon en el pecho,
de cólera me da saltos.
Turbase el Turco al traerle:
avisarme que es vasallo!
si algun veneno cruel
me envia en él disfrazado?
Abritele? Pero no,
porque de esta duda salgo
con darsele á que le lea
el mismo que me le ha dado.
Mas yo he de tener temor?
yo me resuelvo, y le abro;
abrole en nombre de Dios,
á quien mis hechos consagro.
Lee. Yo he venido de Constantinopla á Viena, á entregar este Reyno á Juan Sepusio; y hechas las reseñas, le llevo á V. M. quatrocientos mil hombres de ventaja; no quiero que se cuente el exceso con la victoria, sino mi valor en mi atrevimiento: esta batalla se remita á dos Emperadores, el uno será

Carlos Quinto, y yo Solimán espero
á V. M. en el arroyo que divide los
dos Exércitos, mañana á las diez, so-
lo, sin mas armas defensivas que una
rodela, ni mas ofensivas que una espa-
da. *Solimán, Emperador de Constantinopla.*

Grande es su valor, por Dios!
confieso que me he admirado:
Fernando, qué os ha turbado?
y qué os ha turbado a vos?
esperad, pues, allá fuera,
que ya la respuesta escribo.

Abray. Yo he entrado en la tienda vivo,
y muerto salir quisiera. *vase.*

Carl. Ya sé lo que he de hacer yo,
y aunque sé lo que he de hacer,
de vos procuro saber,
si debo salir, ó no:
de vuestro consejo fio
la experiencia de Maestro,
para ver si con el vuestro
conviene el consejo mio.

Rey. Mi sentimiento diré,
pues quando os lo declare,
si el consejo no acertare,
por lo menos le daré.
No me ciega la pasion,
ni el temor me reconviene;
y digo que no conviene
salir, por esta razon.
En este encuentro he pensado,
que por cobrar honra y fama,
Juan Sepusio es quien me llama,
y yo soy el provocado.
Y sus Soldados dirán,
pues en el campo se halla,
que para dar la batalla,
le apadrina Solimán.
Y aun por su respeto aqui,
sin que el discurso me engañe,
porque trae quien le acompañe,
vos me acompañais á mí.
Pues dónde vieron, sumidos,
aun en batallas mayores,
que riñan los valedores,
y no riñan los validos?
Por declarado enemigo,
al campo le desafié;
pero quando le llamé,
no quiso salir conmigo.
Si él cobarde, aunque cruel,
en la ira se ha templado,
aquel que viene á su lado,
no debe reñir por él:
que á su opinion satisface
en no quererlo emprender;
que el padrino debe hacer
lo mismo que el duelista hace.
Luego tengo averiguado,
que el padrino en su lugar,
ni puede desafiar,
ni salir desafiado.
Y no es discurso importuno
el que llego á distinguir,
que los quatro han de reñir,
ó no ha de reñir ninguno.
Y asi, mi razon previno
(ó será mengua su fama)
que pues no riñe el que llama,
no ha de reñir el padrino.

Carl. Quando aquel que os ha llamado
es cobarde, ó desigual,
viene á ser el principal,
el mismo que ha apadrinado:
y no me toca atender
si él es su padrino, ó no,
que á mí me desafió
es lo que importa saber.

Duq. Qué valor! *Carl.* Vos proseguid:
Marques, esto no me agrada,
colérica con mi espada
está mi razon. *Marq.* Oid:
no salga tu Magestad,

que este es el consejo mio;
pues para haber desafio,
ha de haber seguridad.
De un Rey que fuera Christiano,
solo se puede tener;
pues cómo la puede haber
de un Rey injusto y tirano?
Y de un tirano, pensad,
que será en toda opinion
mas segura la traicion,
que segura la lealtad.
Carl. Marques, no me persuade
vuestro nuevo pensamiento:
la Fé da merecimiento,
pero nobleza no añade.
Qué importa, pues, que haya sido
cruel, alarbe, y tirano?
no porque no sea Christiano,
dexa de ser bien nacido.
Y esa sentencia no allana,
que el salir es justa ley,
pues yo riño con un Rey,
que es de la Casa Otomana:
y en ley de duda, en razon,
que debo mas, reparad,
inclinarme á la lealtad,
que advertirme á la traicion.
Duq. Qué resuelto? Yo prosigo.
Carl. Y vos, qué determinais?
Duq. Yo digo que no salgais.
Carl. La causa? *Duq.* La causa digo.
Si porque el Turco muriera
cuerpo á cuerpo, y cara á cara,
esta guerra se acabara,
yo diría que saliera:
pero el intento se yerra,
Carlos, quando os resolveis,
que apenas le matareis,
quando empezará otra guerra.
Y en tan estraña mudanza,
quién nuevas batallas duda?
pues lo que ahora es ayuda,
entonces será venganza.
Y con diferente ley
peleará qualquier Soldado;
si lo hace de un Rey llamado,
qué hará por su propio Rey?
y demos que él es dé muerte,
que esto del vencer, señor,
no está en manos del valor,
sino en manos de la suerte.
Muerto vos, imaginad
los Soldados afligidos,
vuestros Reynos destruidos,
perdida la Christiandad.
Con quinientos mil Soldados,
y vencedor Solimán,
sus Esquadras serán
ruina de vuestros Estados.
De manera, que el vencer,
antes sirve de irritar;
luego no hay que aventurar,
quando es seguro el poder.
Y el Marqués no dice mal
de la traicion, que en rigor,
quando es Solimán traidor,
es con su sangre leal.
Porque en él no es vituperio,
antes añade opinion,
aunque sea con traicion,
querer ganar un Imperio.
Reñir con hombre tirano,
donde hay tanto que perder,
eso viene á ser, romper
por las leyes de Christiano.
Esto se debe mirar:
y no pensar que es temer;
que á vos no os tocó el vencer,
sino solo el conservar.
Y en este parecer mio,
el duelo del mundo halla,
que en dandoles la batalla,
cumplis con el desafio.
Carl. Otro mi discurso es,

y quando al vuestro me dexo,
habeis cerrado el consejo,
y es todo el caso al revés.
Si con aciertos ayrados
doy la muerte á Solimán,
en muriendo el Capitan
se acobardan los Soldados,
como sin cabeza están:
mas mis Soldados, advierto,
que antes siendo yo el muerto,
mas animosos serán.
Y es la razon, que como él
no es en los casos piadoso,
y aunque es siempre valeroso,
es siempre ayrado y cruel.
Matandole, discurrir
bien, que de arriba lo arguyo,
que por él, el Campo suyo
no querrá ser contra mí.
Mas si él la muerte me diera,
como soy yo tan amado,
por mí, qualquiera Soldado
por su Exército rompiera.
Luego con razon confio
de este riesgo que se espera,
que su Exército no hiciera
lo que un Soldado, si es mio.
Rey. Señor, y la Christiandad,
cómo quedará sin vos?
Carl. Volverá por ella Dios.
Marq. Señor, advertid. *Duq.* Mirad,
que pudiera ser traydor
Solimán, y este desvelo::
Carl. Quien llega á tener recelo,
ya llega á tener temor.
Rey. Mirar lo que importa aqui,
viene á ser mayor hazaña.
Carl. Si no salgo á la campaña,
qué dirá el Mundo de mí?
Duq. Que fuistes considerado.
Carl. Y valiente Solimán;
y si salgo, qué dirán?
Rey. Que anduvisteis arrojado.
Carl. En fin, él será valiente,
y yo prudente contrario;
pues quiero ser temerario,
y no quiero ser prudente.
Rey. Nuevo riesgo se previene.
Duq. Mayor la perdida es.
Carl. En fin, qué decis los tres?
Los 3. Todos tres, que no conviene.
Carl. Duque. *Duq.* Señor. *Carl.* Escuchad,
y atended á lo que digo:
vos sois mi mayor amigo.
Duq. Diga vuestra Magestad.
Carl. A un consejo mas sucinto,
desde un parecer os paso:
qué hicierais en este caso,
si vos fuerais Carlos Quinto?
Duq. Si he de decir lo que hiciera::
Carl. Hablad; qué os yela? qué os para?
Duq. Si Carlos Quinto me hallara
yo, vive Dios que saliera.
Carl. Todos tres me aconsejais,
haciendo á mi amor la salva;
pero dice el Duque de Alba::
Duq. El Duque, que no salgais;
aqueste es mi parecer.
Carl. O como es prudente el viejo!
Nadie me dé mas consejo,
que yo sé lo que he de hacer:
á ese Turco me llamad;
el zelo á todos estimo:
llamad al Turco. *sale Abraymo.*
Marq. Abraymo,
llegad á su Magestad. *escribe Carl.*
Carl. Yo le respondo al papel:
Abraymo, el Rey de España
no ha de salir á campaña
con un enemigo infiel.
En un renglon solamente
verá lo que he respondido;
por valiente le he tenido,
mas nunca por tan valiente,

que es gallardo le decid,
y que le estoy admirado:
venid conmigo, Fernando;
vos Duque de Alba, venid.
Llevareis este papel
(hablando está el corazon)
toda mi resolucion
verá Solimán en él.
Ahora mi labio calla
en tan contrarios extremos:
decid que allá nos veremos,
quando me dé la batalla.

Vanse, y sale Buscaruido de Turco.

Busc. Saltando de peña en peña,
como otros de rama en rama,
á caza vengo de Turcos,
y vengo á muy linda caza.
Pero soy Gallego rancio,
y he de cumplir mi palabra,
y en materia de cumplir,
nadie me lleva ventaja,
que honrado soy, soy Gallego,
y á no tener tantas faltas,
jurar falso en muchos pleytos,
y dexar limpia una casa,
no ver cosa que sea buena,
que no me parezca mala,
y fuente de mi señor,
murmurar á las espaldas:
no hubiera tal Buscaruido
en las Gallegas Montañas.
Y dexando los Gallegos,
y volviendo á nuestra traza,
yo vengo á pescar un Turco;
pero de muy buena gana
tomara que fuera un pez,
y con el anzuelo, ó caña,
me estuviera erre que erre,
una, dos, ó tres semanas,
á ver si pica, ó no pica,
con firma de hombre que paga,
si encontrarle no pueden,
y quando mucho sacara,
pensando que saca el pez,
una rama que peleaba.
Este es el campo contrario:
quien no me vé con mi daga,
pensará que soy gallina,
pero por Dios que acertara.
Si yo fuera tan dichoso,
que un Turco cortés me hallara,
que se viniera conmigo
pian pian á las plantas
de Carlos, que el ser cortés,
ninguno se lo culpara,
vaya; pero venir yo
con mis manos muy labadas
á buscar un Turco Abad
con un cerviguillo de á vara,
ó con vigote de á jeme,
y una hoja corcobada?
vive Dios, que es fuerte cosa;
qué haya en el mundo, que haya
quien venga á pesca de Turcos;
pero veamos que falta,
para que este Turco lleve?
que él venga de buena data,
tener yo mucho valor,
y el Turco ser una mandria;
todo aquesto puede ser.
Si no me engaño, en las ramas
siento ruido, Turco pisa:
ay de la hora menguada
en que el hombre busca cosa,
que no quiera encontrarla.

Sale Mari Bernardo de Turco.

Mar. En trage de Turco, ahora
vengo al campo disfrazada:
a Buscaruido mandaron
que saliese á la campaña
á buscar un Turco, y yo
de envidia, de enojo, y rabia,
por otra parte he venido
á ver si un Turquillo hallára.

moderado, para hacer
eterno mi nombre y fama.
El se fue solo á buscarle,
y ya que con él no vaya,
pues hago lo mismo que él,
no viene á ser de importancia.
Busc. Vive Dios, que es un Turcazo,
y aunque es la noche cerrada,
se le divisa el vigote.
Mar. Yo ando en gentil andanza;
un Turco diviso allí,
yo quiero sacar la espada:
quién va? *Busc.* Qué voz tan cruel!
este Turco tiene traza
de hacerme pastel en bote,
á menudas cuchilladas.
Animo, pues, Buscaruido,
yo quiero engordar la habla,
asi pudiera la bolsa,
y echarte á tiento una braga.
Al punto el Turco me entregue
el almayzar, y la espada,
ó le arrojaré tan alto,
que quando en la tierra caiga,
las monedas con que baxe,
no han de pasar en la plaza.
Mar. Vive Dios que es Buscaruido;
él ha caido en la trampa,
una burla le he de hacer
pues que la noche me ampara.
Busc. Parece gallina el Turco,
pues que no me habla palabra;
no me responde el podenco?
cómo el perro no me habla?
Mar. Atar sonior: bueno va;
Buscaruido, que te clavas. *ap.*
Busc. Vive Dios, que dice que ate:
la espada ponga á mis plantas.
Mar. Tomad el cuchiliar sonior.
Busc. Echeme tambien la daga.
Mar. No tener atar sonior;
rabio por estar atada.
Busc. Y como que le ataré:
de qué se cubre la cara?
hasta un Turco tiene honra?
ponga esas manos cruzadas:
vive Dios, que ya las pone.
Mar. Atar sonior. *Busc.* Ya le atan:
señor, cosas me suceden,
que el diablo no las pensara:
que haya persona en el mundo
que sea pescador de caña,
y no ande á caza de Turcos;
vive Dios, que yo pensaba
que eran los Turcos de carne,
pero este Turco es de masa.
Mar. Por ir con él donde va,
no tengo de hablar palabra,
y en ir con él voy contenta.
Busc. El perro, de qué regaña?
quiere que le mate á coces,
ó le muela á bofetadas?
no ladre, ó le vive Christo.
Mar. A fé que va bien armada. *ap.*
Busc. Ahora he echado de ver,
que quando la marimacha
á todas las cosas que iba,
por fuerza me acompañaba,
todo mal me sucedia;
y tengo por cosa clara
que tenia mala sombra:
la vida y honra aposrara,
que si conmigo viniera,
no hubiera acertado entrada:
venga el alano conmigo.
Mar. Tener las piernas quebradas.
Busc. Pues yo le llevaré acuestas,
que quando importa á mi fama,
soy ganapan de mi honra.
Mar. Esto está mejor que estaba;
dexadme llevar acuestas
ha de ser cosa acertada,
que está una legua de aqui
la tienda de la campaña.

Busc. A mí no me han de alabar
este Turco y esta hazaña,
sino que le llevo horror
de Mari Bernardo á casa.
Turco, y sin Mari Bernardo?
me parece que se carga
adrede el perro: ha mastin!
Mar. Qué manda? *Busc.* Que no se haga
pesado. *Mar.* No podré mas;
andar sonior. *Busc.* Calla. *Mar.* Anda,
atar sonior. *Busc.* Ya está atado.
Mar. Mamola sonior. *Busc.* A España,
que está la mamola lejos;
calle su pico. *Mar.* Ya calla.

JORNADA TERCERA.

Salen Solimán, Luna, y Juan Sepusio.

Sol. Yo le desafié, yo le he llamado;
veamos este Caudillo, que ha causado
á tanto mundo asombros,
el que lleva la Fé sobre los hombros,
y el que á Jerusalen cobrar intenta,
si como ensaya en mí lo representa.
Pedazos le he de ver entre mis brazos,
y de ellos he de hacer seguros lazos
para apurar su corazon brioso;
veremos si conmigo es tan dichoso:
ya estoy deseando verme en la campaña,
con aqueste Leon que cria España;
el despojo ha de ser de mis blasones,
que el Asia es el solar de los Leones.
No viniera, Abraymo, no viniera
con la respuesta, porque yo saliera
á ver este arrogante!
Sale Abray. A Abraymo, señor, teneis delante.
Sol. Seais bien venido, Abraymo:
traes de Carlos la respuesta?
Abray. Desde esta noche la tengo;
pero no quise que sepas,
por no estorbarte el descanso,
el suceso que deseas.
Salí, pues, aquesta noche,
quando la obscura tiniebla
á los dos contrarios campos
sirvió de muralla negra;
y con Bandera de paz,
aunque insignia de mas guerra,
de Carlos Quinto, señor,
llegué á la grave presencia.
Estaba su Magestad
acompañado en su tienda,
del Duque de Alba Toledo,
aquel, en cuya experiencia
padece el valor eclipses,
y el ingenio sufre nieblas.
Su hermano, Fernando, el Rey,
estaba á mano siniestra
sentado en un taburete,
él en una silla Regia.
Y Fernando, ó sea lisonja,
ú decoro injusto sea,
algo mas atrás que Carlos;
que aun en una sangre mesma,
con ser de un cuerpo la sangre,
tienen sujecion las venas.

Turbado salí á sus ojos,
no temeroso; que fuera
no tener mucho reposo,
no tener mucha obediencia:
que quando Carlos por sí,
no fuera el que el mundo cuenta,
soy tan obediente yo,
que quando por mi no tema,
por ser tu competidor,
presumo que le temiera.
Llegué, el respeto en el labio,
el decoro en la decencia,
las palabras muy sin voz,
las acciones muy sin lengua,
la color no como mia,
la resolucion discreta;
porque siempre el valeroso
se ayuda de la modestia:
y dile el papel á Carlos,
tomole, rompió la nema,
y te confieso que vi
(permiteme esta licencia)
entre su helada color
la cólera tan resuelta,
que hubo menester sus canas
para ayudar su prudencia.
Levantóse de la silla,
salíme yo de la tienda
á esperar de sus palabras
la resolucion discreta.
Pidió consejo á los suyos;
que el Rey que acertar desea
no ha de fiar del enojo
las materias de la guerra.
Peleaba consigo Carlos,
dentro de su propia idea,
que los altos pensamientos
son de sí propios pendencia.
Y todos le aconsejaron
(presumo) que no saliera,
zelosos, por ser vasallos;
y entre el ruego y la fineza
estuvo con su consejo
hypócrita la soberbia:
que es Carlos tan bien querido,
que sus vasallos quisieran,
con estarle á Carlos mal,
que dexase aquesta empresa.
Bien haya Rey en quien vive
la justicia, y la clemencia;
á quien los buenos y malos
le estiman de una manera:
los malos, porque perdona;
y los buenos, porque premia.
Volvi á entrar, y escribió Carlos
de su mano la respuesta,
cerróla, y dixo: Abraymo,
di á Soliman, que quisiera
poder hacer lo que pide;
pero aquel que es Rey, es fuerza
que no sea suyo en obrar,
aunque en mandar suyo sea:
que yo aunque soy solo un hombre,
soy de mi Reyno Cabeza,
y que no se ha de arriesgar,
sin que todos lo consientan,
que soy esclavo en mi Patria,
que me paga, y me sustenta,
y no puedo hacer de mi,
lo que mi dueño no quiera.
Carlos no sale á Campaña,
tú con el blason te quedas;
en el papel mas sucinto
verás, señor, la respuesta.
Esto Carlos respondió,
y entre sus heladas venas,
la sangre, de valerosa,
salió á decir su modestia;
y el esmalte de su rostro,
ó aquesta plateada felpa,
que entre el telar de los años
texió la naturaleza,
cubrió algunos sentimientos,
que desatados en perlas

se hicieron canas tambien,
en yelo y nieve resueltas,
que aunque al salir de sus ojos
de cólera noble eran,
en mezclándose en el rostro,
las eleva la prudencia.

Sol. Por Alá, que estoy corrido:
que tanto la fama mienta;
pero qué sabe la fama
de las humanas flaquezas?
Este es Carlos el osado,
á quien la Alemania tiembla?
á quien Flandes obedece?
el que á dos Mundos estrecha?
Rasgo la nema, y leo;
mas vive Dios, que es baxeza
que lea el gran Solimán
con sufrimiento estas letras;
y asi no quiero leerle,
ni tú Abraymo le leas:
toma este papel de Carlos,
y al Exército le lleva,
fixale de un arbol verde,
en la rústica corteza,
para que sepan mis gentes,
y para que el Mundo sepa
que me niega el Desafio,
y quedan á mi obediencia
su honor, su valor, su fama,
y su Corona sujeta:
ve á hacer lo que yo te ordeno.

Lun. Espera Abraymo, espera,
no le lleves sin leerle,
permiteme que le vea,
que puede haber circunstancia
en lo mismo que te niega.

Sol. Dices bien, lee el papel.

Abray. Dice de aquesta manera.

Lee. Mis vasallos y deudos me aconsejaron, que no salga al Desafio cuerpo á cuerpo con V. Magestad: yo lo he mirado, y estoy resuelto::

Sol. Detente, no leas mas;
quieres mayor evidencia?

Lun. Dexa, señor, que prosiga,
y que se disculpe dexa.

Sol. Vuelve á empezar otra vez:
qué cobarde es la prudencia!

Lee Abray. Mis vasallos y deudos me aconsejaron que no salga al Desafio con V. Magestad: yo lo he mirado bien, y estoy resuelto contra todo su parecer, á salir al campo.

Sol. Detente.

Abray. Cielo, qué miro!

Sol. Qué es lo que dices? espera.

Abray. A salir al campo dice.

Sol. Cómo es posible que leas
lo mismo que contradices,
si es lo mismo que condenas?
miralo bien.

Abray. Asi dice.

Sol. Eso es imposible; suelta,
y dexa el papel, villano.

Lun. Ruego al Cielo que asi sea.

Lee Solimán.

Yo lo he mirado bien, y estoy resuelto, contra todo su parecer, y salir al campo á la hora que señala V. M. al sitio que me dice, y con las Armas que ordena.

El Emperador Carlos Quinto.

Cobarde, traidor, villano,
cómo de aquesta manera
has tratado mi valor,
pues para decir la nueva
te valiste de un engaño?
darte el castigo quisiera
que merece tu cuidado,
solamente porque piensas
que en mí puede haber temor,
que quien lo sabe, ó lo niega,
ú desconfia del dueño,
ú de cobarde recela;

aunque no saliera Carlos,
es buena razon debieras
decir que Carlos salia,
por alentarme siquiera;
porque un espíritu noble
se aviva en la competencia:
por Alá. *Abray.* Señor.
Sol. Cobarde. *Abray.* Repara.
Lun. El enojo dexa,
porque parece temor
lo que en su sangre es soberbia:
no sale Carlos? *Sol.* Si sale.
Lun. Si alcanzas lo que deseas,
dale premio, y no castigo,
que dirá quando lo sepa,
que á Abraymo castigaste
porque te traxo esa nueva.
Sol. Digo que tienes razon.
Juan. Mi Reyno todo se pierda,
no alcance yo la Corona,
porque Carlos Quinto venza.
Yo le quiero bien á Carlos,
y aunque prosigo esta guerra,
he empeñado á Solimán;
y fuera atencion muy fea
dexarle, estando empeñado:
ó quantas cosas mal hechas
ha enmendado el desahogo,
que apresuró la paciencia!
Sol. Ea osado corazon,
ahora cobarde tiemblas,
y ahora pides socorro
para tu vida á mis venas?
Prosigue con el valor;
tú con tantas diferencias,
para intentar valentía,
y para emprender flaqueza?
Tiene alas el corazon,
y quando las mira resueltas,
mariposa del Sol puro,
al Cielo bolar intenta.
Pero el recelo, ó temor,
es una liga bien hecha,
donde se enlaza la pluma,
ó fragil naturaleza;
y aquel que al Sol se atrevió,
á un engaño se sujeta.
Juan Sepusio, gran Bayboda,
por restaurarte á Viena,
ves el riesgo en que me miro?
no quiero que lo agradezcas,
pero que lo consideres
es lo que mi amor desea:
oye Abraymo, oye Luna.
Abray. Qué es lo que mandas?
Lun. Qué ordenas?
Sol. Oye Juan Sepusio, amigo;
no es fuerza salir?
Todos. Es fuerza.
Sol. Advertid, que no es pregunta
la que os propone mi lengúa,
sino es que en vuestros consejos
me quiero cerrar las puertas.
Yo sé lo que es en efecto;
no fuera grande baxeza
provocarle, y no salir?
Abray. Tu heroyco nombre perdieras.
Lun. Tu fama perdiera voz.
Juan. Tu valor sufriera nieblas.
Sol. En fin, es razon?
Todos. Que salgas.
Sol. Qué valor! *Tod.* Es obediencia.
Sol. Qué leales! *Tod.* Somos tuyos.
Sol. Ay de aquel que así se fuerza,
y está deseando que digan
lo propio que no desea!
es muy bravo Carlos Quinto?
Juan. La fama sus hechos cuenta.
Sol. Y á tí, qué te pareció?
Abray. Turbeme con su presencia.
Lun. No puede haber grande hazaña,
sin haber gran competencia.
Sol. Pues amigo, yo le busco.
Juan. Pues, señor, Carlos te espera.

Abray. Ahora tu nombre ensalzas.
Lun. Imposible es que te pierdas,
que en ser vencido, ó vencer,
has de cobrar fama eterna.
Sol. Carlos es todo ventura.
Juan. Grande suceso te espera.
Sol. Esto llevo por delante;
no es valor lo que de él cuentan?
yo voy al campo.
Lun. Los Cielos
triunfante al Asia te vuelvan.
Abray. Venzas al mayor prodigio.
Juan. Al Numa de España venzas.
Sol. No puede haber buen suceso,
adonde el recelo reyna. *vans.*

Tocan caxas, y salen delante Don Luis, y Leonor, el Marques del Basto; el Duque de Alba, el Rey, y Carlos Quinto, y sientanse Carlos y el Rey.

Luis. Deme vuestra Magestad
á besar sus Reales pies,
pues premio debido es
á mi zelo y mi lealtad.
Carl. Don Luis, seais bien venido;
ahora el Duque me ha contado
que habeis escaramuzeado
esta mañana. *Luis.* Y vencido:
pasé con mi Compañía,
por orden del Duque de Alba,
haciendo á tu Campo salva,
despues que la sombra fria,
sepultada en el Poniente,
fue a enlutar otro Orizonte;
y en la cumbre de aquel monte,
ó temerario, ó valiente,
á Liens partí á socorrer,
Villa que el Turco ha cercado:
Nicoliza, gran Soldado,
coluna de tu poder,
en el Presidio asistia
como fuerte Capitan,
sus hazañas te dirán
su zelo y su valentía.
Quatro veces asaltó
la muralla el Turco ardiente,
y Nicoliza valiente,
con bombas se defendió.
Y él mismo á mí me ha contado
(y hombre es de mucha verdad)
que entre la disformidad
del plomo desenfrenado,
un Caballero se vió
en el ayre pelear,
vencer, herir, y matar,
que la Villa defendió.
Del Obispo Martin son
prodigios que el Mundo abona,
gran Obispo de Turona,
y de esta Villa Patron.
Yo, que á este tiempo llegué,
de una emboscada salí,
animéme, acometí,
espanté, vencí, maté:
huyeron, no me esperaron;
seguilos, no me quisieron;
fueron cobardes, huyeron,
de su campo se ampararon,
he vuelto ahora á avisarte:
todo el caso te he contado;
y mi prenda he restaurado,
la fortuna es de mi parte.
Aqueste el suceso es,
y ya el premio he conseguido,
porque el haberte servido
es mi mayor interés.
Carl. Don Luis, sois grande Soldado,
hijo de Alburquerque, en fin,
de nuestro Obispo Martin
el brazo nos ha ayudado?
y quién esta Dama es?
Leon. Nicoliza, hija me llama,
Capitan, á cuya fama
besa la envidia los pies.

Carl. Hoy es razon que me quadre,
que un dueño noble os elija,
que he de premiar en la hija
las finezas de su padre.

Sale Buscaruido con Mari Bernardo acuestas, vestida de Turco, y tapada la cara.

Busc. Fuera digo de esta pieza,
nadie me detenga el paso:
deme vuestra Magestad
á besar los dos zapatos,
mas traidos y mas viejos,
que el guardaropa ha guardado;
aqui le traigo este Turco.
Carl. Aunque ya no es necesario,
me huelgo que procedais
como valiente Soldado:
cómo hallasteis este Turco?
Busc. Va de cuento, y va de caso.
Asi como me mandasteis,
invicto y piadoso Carlos,
que fuese á caza de Turcos,
vengo, que hago, tomo y salgo:
salí con una rodela,
con un azerado casco,
mi valor por compañero,
por instrumento mi brazo;
y al campo de Solimán
entré tan determinado,
que parecí Executor
que iba á cobrar los salarios.
Echaronme treinta Turcos,
con sus capotes en caput,
que para ir al Cielo dicen
que ninguno ha de ser calvo.
Saco la hoja de la cinta,
y tírole al uno un Tajo,
y al otro un Guadalquivir,
y un Xarama á no sé quantos.
Resistióseme un Turcon,
que es este Turco que traigo,
que en lo espeso de las barbas
parece recien Letrado.
Los demas Turcos huyeron,
sin saber cómo, ni quando,
y pasaron á ser liebres,
con haber nacido galgos.
Aqueste Turco escogí,
por ser el mas alentado,
tapele el rostro al momento,
las manos al cuerpo ato,
cortele un vigote solo,
esta noche le he guardado,
hele tenido encubierto,
y á tu presencia le traigo,
hasle visto en ese suelo;
que como Mari Bernardo
no vaya, al Gran Turco pienso
traer á una soga atado,
aquel Solimán famoso,
y al gran Rexalgar su hermano.
Descubranle, que él dirá
la verdad, y como alano
te ladrará quanto quieras;
lucido se ha mi trabajo,
pide Turcos á montones,
y pide Garamatos,
Citras, Gaetas, y Tudescos,
los obligados del palo.
Obré, ví, llegué, vencí,
porque soy un Alexandro:
aqui gracia, y despues Turco;
aqui Turco, y despues lauro.
Carl. Descubridle.
Busc. Que me place:
Señor, esto se ha olvidado,
antes que descubra al Turco,
te pido por mi trabajo.
Carl. Qué pedis?
Busc. Que echeis á un remo,
señor, á Mari Bernardo.
Carl. Descubridle, que por vos
le haré desterrar del campo.

Busc. Vivas, Carlos Quinto noble,
aun mas que brazos quebrados:
ea, señor perro, acabe,
y ante mí, como Escribano,
confiese quanto pregunto,
y hable mas que cien Soldados
recien venidos de Flandes;
descubrase.
Mar. Ya lo hago. *descubrese.*
Busc. Vive Dios, que es la maldita,
el Turco que á Carlos traigo;
ya yo me espantaba que
no andaba la marimacho
conmigo: Cielos, qué es esto!
Señor, yo soy un borracho,
soy un bruto, soy un Indio,
mal Soldado, y seré quanto
puede ser malo uno solo,
pues nací tan desgraciado.
Por Dios que lo presumí, *ap.*
y fui tan grande menguado,
que no lo quise creer.
Mar. Señor, Buscaruido estando
buscando un Turco, por fuerza
me hizo Turco, y á porrazos,
él es el que me buscó,
porque yo no le he buscado.
Marq. Vayanse luego allá fuera.
Mar. Lindamente le he burlado.
Carl. Esto es lo que pienso hacer,
porque no salga mi hermano.
Marq. No ha de salir Carlos Quinto,
aunque la vida perdamos.
Carl. Ahora que todos juntos
en mi tienda están, qué aguardo?
Orador de mi opinion,
pretendo hablarles muy claro.
Soldados, y amigos mios,
mis parientes y vasallos;
que ser vasallos y amigos,
no es á mi piedad contrario.
Por la muerte de mi padre
Filipo, yo sus Estados
heredé, y tambien con ellos
peligro, envidia, y trabajo.
Y los emulos del Mundo,
estos que están destinados
á envidiar por natural,
mayor envidia heredaron.
Partí de Gante a Castilla,
besé á la Reyna la mano,
retiré algunos Ministros;
y viendome coronado,
hice hazañas memorables,
y dentro de algunos años,
por la muerte de mi abuelo,
los Electores Christianos
me eligieron al Imperio,
y desde el Palatinado
me enviaron con su Elector
la obediencia, el Cetro, el Lauro.
A la Isla de los Gelves,
abrigo de los Cosarios,
dexé aquel año sujeta;
y el Rey Francisco, indignado
por la eleccion de mi Imperio,
se arrojó por mis Estados,
enviando por General
al Conde Pedro Navarro,
que á Nápoles ganar quiso
por ventaja, ó por asalto:
pero sucedióle mal,
y vencido y derrotado,
sin concierto en el clarin,
y los parches destemplados,
segunda vez á sus Reynos
pasó los Alpes nevados.
Ay de aquel, que sin justicia
hace textos de las manos,
porque son Jueces las Armas,
y da la razon el falso!
Fui aclamado de la Italia,
Emperador de Romanos,
gané Reynos y Ciudades,

á la India he sujetado,
soy mas Rey que otro ninguno,
por tener buenos Vasallos;
llamame el Mundo Piadoso,
soy valiente, aunque soy manso;
Justiciero, aunque perdono;
en las iras, refrenado,
en el consejo prudente,
y en las advertencias sabio.
Y hoy Soliman en campaña,
cuerpo á cuerpo, y brazo á brazo,
me provoca inadvertido,
y llama determinado.
Con no salir solamente
borro estos triunfos y lauros,
con tanta sangre adquiridos,
y tanto blason ganados.
Mis hechos sean espejo
luciente, vistoso y claro,
donde se vea el valor,
porque galán á este tiempo,
con el soberbio enemigo
salga mi pecho gallardo.
Bueno es que diga la fama;
ya perdió la suya Carlos,
esta que Mundos venció,
León del Solar Hispano,
á la quartana de un miedo
yace sujeto y postrado.
No Duque de Alba Toledo,
no Rey de Ungria Fernando,
no Marques, esto ha de ser:
por los Cielos soberanos,
que al vasallo licencioso
que quiera atajarme el paso,
al que contra mi aspirare,
aunque le ayude mi hermano,
que le quite la cabeza
por leal, que en estos casos,
los que fueren mas leales
son mis mayores contrarios.
Yo sé muy bien lo que digo,
yo sé bien que conjurados
los mejores de mi Reyno,
forman repetidos bandos.
Al que no me obedeciere,
si la espada desembayno:
ya es hora de ir á campaña,
y ya la espada he sacado,
Saca la espada.
y un Rey que saca el azero,
no ha de embaynarle, hasta tanto
que de su enemigo propio
le tiña en coral humano. *vas.*
Leon. Que brio! *Duq.* Qué valeroso!
Rey. Que soberbio!
Marq. Qué indignado!
Duq. Salga al campo nuestro Rey.
Rey. Seguro el campo llevamos:
Dios, valor, y Carlos Quinto,
son muy terribles contrarios.
Leon. Su zelo será el padrino.
Luis. La Fé servirá de jaco.
Duq. La espada será justicia.
Rey. Y la execucion su brazo.
Duq. Restaures, Numa de España,
el Sepulcro de Dios Sacro.
Luis. Y á tu brazo valeroso
postre el pecho el Otomano.
Leon. y Luis. Para honor de Dios.
Duq. y Rey. De España.
Luis. Ea, amigos. *Rey.* Ea, Soldados,
hoy se ha de dar la batalla,
en qualquiera de estos casos,
ó ya muera Solimán,
ó vuelva vencido Carlos. *vans.*
Sale Carlos Quinto con espada y rodela.
Carl. Aqueste el sitio ha de ser
que Solimán señaló;
aquí me desafio,
y aquí le pienso vencer.
El corazon se alborota,
pero es mio el corazon;
en la mejor ocasion

me está apretando la gota.
Qué cruel achaque es!
que ahora hubo de venir,
pero sino he de huir,
no son menester los pies.
O cómo se echa de ver,
que es cobarde el mal, en fin,
que á la parte mas ruin
me ha venido á acometer.
Yo no entiendo los cuidados
de Solimán mi enemigo,
á solo reñir conmigo
trae quinientos mil Soldados.
Pasos parece que escucho,
sino me llego á engañar,
él bien me puede matar,
mas por Dios que ha de ser mucho.
Sale el Duq. De mi lealtad inducido,
llevado de la pasion,
por si hay alguna traicion,
tras el César me he venido.
Que ha sido infamia dirán,
y esto yo tambien lo digo,
que el César esté conmigo,
y esté solo Solimán.
Mas al que teme perderle,
cómo han de poder culparle?
que yo no vengo á ayudarle,
aunque vengo á defenderle.
En dexarles reñir fundo
la lealtad de mi cuidado;
mas si viene acompañado,
Carlos, y yo á todo el Mundo.
Carl. Ya la hora señalada
se pasa, mas no ha llegado;
siempre anda muy ocupado
quien hace larga jornada. *tocan.*
Pero qué es esto? á rebato
toca el Clarin y Tambor:
si Solimán es traidor?
si ha sido doble su trato?
Pero esto no puede ser;
y el ver la razon ataja,
traicion con tanta ventaja,
infamia con tal poder.
De Solimán los Soldados
por el monte baxar veo,
ya tuvo fin mi deseo,
entraronse mis cuidados. *tocan.*
Otra vez hacen la salva:
qué traicion! qué deslealtad!
Duq. Carlos, vuestra Magestad
tiene al Duque de Alba.
Carl. Para qué os he menester?
Duq. Yo vengo á morir con vos.
Carl. Si no os volveis, vive Dios,
que os haga, Duque, volver.
Duq. Señor. *Carl.* Qué me replicais?
idos pues.
Duq. Ya yo me voy.
Carl. No sabeis que Carlos soy?
Duq. Mirad Carlos.
Carl. Aun no os vais?
Duq. El Exército enemigo
baxa contra vos, señor.
Carl. Dios, la razon, y el valor,
quedan á un tiempo conmigo.
Duq. Esa campaña florida
produce Turcos Infantes.
Carl. La reputacion es antes,
y despues será la vida:
idos. *Duq.* Con vuestra esperanza
es mi recelo mayor:
voyme, porque mi valor
parece desconfianza.
Carl. Si la vista no me engaña,
y están los ojos turbados,
de Solimán los Soldados
marchando por la campaña,
vive el Cielo que se van;
aquí valores ardientes,
ha Genizaros valientes,
ha cobarde Solimán,
Carlos, Soldado de España,

á tí grande Emperador,
y de los Mundos señor,
te espera en esta campaña.
Huyes, y Señor te aclamas?
tu heroico nombre destruyes:
si me llamas, por qué huyes?
si has de huir, por qué me llamas?
Qué no me dexe un dolor
conseguir este interés!
ahora quisiera mis pies
mas que todo mi valor.
Pues tan valiente te pinto,
esperame ayrado ya,
que á darte la muerte va
la espada de Carlos Quinto.

Sale Juan Sepusio con una Corona de oro, y D. Luis de la Cueva otra de yedra, y el Rey; y en una fuente Doña Leonor, Cetro y Espada.

Juan. Generoso Quinto Carlos,
el afable y el prudente,
exemplo para el Christiano,
y azote para el rebelde:
á Juan Sepusio Bayboda
á tus plantas Reales tienes,
que desde el campo contrario
á pedirte perdon viene.
Solimán levantó el campo,
por agüeros imprudentes,
que dice que son valores,
aunque temores parecen.
Yo erré como hombre mortal,
y basta que lo confiese;
perdon pido á tu piedad,
y pues tan piadoso eres,
mucho mas hago en pedirle,
que tú haces en concederle.
Esta Corona dorada,
que en mis valerosas sienes
estuvo substituida,
mi amor á tus pies ofrece;
que Corona que fue mia,
no es á tus sienes decente.

Luis. Ya quedaste vencedor,
ya el gran Solimán se vuelve,
ya te dexa la Campaña,
ya sin herirle le hieres.

Duq. Vence Trajano en la paz.

Luis. Numa generoso, vence.

Carl. Juan Sepusio, gran Bayboda,
mis brazos mi amor te ofrece,
que no hace nada en errar
el que luego se arrepiente.
Duque de Alba, estas finezas,
estos abrazos conserven:
Marques, yo estoy bien servido:
Fernando, mi afecto es este:
Don Luis, la señal del premio
os doy en tan nobles redes:
Leonor, Don Luis será vuestro;
y aqui dichoso fin tiene
el Desafio Imperial.

Busc. Y aviso á vuesas mercedes,
que me caso con aquella
compuesta de dos especies;
y no hago mal en casarme,
porque con esto me dexe.
El Senado nos perdone,
si el Poeta lo merece;
hame encargado que os pida
un vitor quien le tuviere,
á pagar á otra ocasion,
no hará mucho, aunque le preste.

Se hallará esta Comedia, y otras de diferentes Títulos, en Salamanca, en la Imprenta de la Sta. Cruz, por D. Francisco de Toxar.